

Prólogo

Gaziel, periodista

*Mis lectores me aman por esta sencilla razón:
porque saben que Gaziel es falible, pero insobornable.*

GAZIEL, «Veinte años después»,
7 de septiembre de 1934

Cuando estalló la Gran Guerra, Agustí Calvet también estaba allí. No me refiero a que a las 11 de la mañana del domingo 28 de junio de 1914 estuviese en Sarajevo y fuese testigo presencial del asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria. No. Por aquellos días Calvet, un afrancesado de veintiséis años, pasaba una buena temporada en París. Como algunos de sus condiscípulos de la universidad en Barcelona, era una joven promesa del *noucentisme*. Había trabajado en el Institut d'Estudis Catalans —secretario-redactor de la sección histórico-arqueológica— y había enviado algún artículo al diario regionalista *La Veu de Catalunya*. Era doctor en filosofía y llevaba unos pocos meses en París becado para ampliar estudios; de vez en cuando se dejaba caer por las conferencias que dictaba Henri Bergson. Era un prototipo de la fábrica de académicos catalanistas que estaba institucionalizando Enric Prat de la Riba, el primer líder político del movimiento nacionalista. Y aquel verano del 14, cuando el gobierno de la República francesa promulgó la orden de movilización general, él estaba

allí. Un continente en guerra. Un joven español en París.

La noche del 1 de agosto cenaba acompañado de otros huéspedes en su pensión balzaquiana de la *rue* Fustenberg. Entró en el comedor una chica alemana, Mlle. Ericka, pianista, que venía conviviendo con los que compartían mesa. El joven Calvet escudriña su mirada. «Ericka, la alemana que tanto ama París, interroga tristemente con sus ojos claros a sus jóvenes amigas de Francia sentadas a la mesa. Y la expresión de su rostro parece decir: “¿Por qué me echáis?”.» La convivencia cotidiana ha sido torpedeada por el conflicto. La escena es conmovedora. Lo es por el talento literario para convertir en palabras el hondo sentir humano concentrado en una mirada. Porque ella, sin quererlo y de improviso, se veía forzada a abandonar Francia. La guerra de las naciones pisoteaba la común cordialidad de los hombres. La normalidad desaparece. En aquella situación tan incierta la mayoría de españoles que vivían en París hicieron lo posible para regresar de inmediato a su país. Calvet, en cambio, optó por quedarse. Durante un mes, más que estudiar, se convirtió en finísimo espectador de cómo la guerra transformaba la ciudad. Lo contaría al cabo de un año. «Siguiendo mis buenos hábitos de observador exacto, he salido a recorrer estos días el interior de París, con el ánimo de tomar el pulso a la palpitación colectiva provocada por esos faustos sucesos. He abarcado en mis largos rodeos desde los grandes restaurantes de moda y las aceras del bulevar, hasta los barrios humildes y los antros ingratamente odoríferos de Les Halles.» Al volver a la pensión registraba en catalán sus sensaciones en un cuaderno.

Antes del inicio de la batalla del Marne, que a mediados de septiembre forzaría el repliegue de las tropas alemanas abriendo así una nueva fase del conflicto, Calvet, alarmado por una carta atemorizada de su padre, volvió a Barcelona. Al poco de llegar se dirigió al Ateneu convocado por su bibliotecario, el mallorquinista Miquel dels Sants Oliver. Fundador del Institut d'Estudis Catalans y codirector de *La Vanguardia*, Oliver —patriarca del periodismo de orientación (junto a Mañé o Maragall)— le pidió al joven si tenía material escrito sobre el conflicto para publicarlo en el rotativo de la familia Godó. Calvet le enseñó el dietario, Oliver comprobó que algunas entradas estaban lo suficientemente desarrolladas como para poder ser publicadas tal cual. El 9 de septiembre de 1914, en la página 7 de *La Vanguardia*, se publicó la primera entrega del *Diario de un estudiante en París*. Calvet la firmó con el seudónimo que sería para siempre su nombre de pluma: Gaziél.

El artículo iba precedido de una interesante entradilla. «Al escribir este *Diario* jamás hubiera imaginado su autor que llegara a publicarse. Renuncie por lo tanto el lector a encontrar aquí ninguno de los delicados artificios con que los cronistas acostumbran a despertar el interés excitable de los públicos ávidos de emociones.» En su estreno, Gaziél se autopresentaba no como un periodista sino como una firma que aparecía en el periódico de manera imprevista. Se retrataba como un escritor que ofrecía al lector algo distinto a lo habitual, es decir, como un innovador. Pero lo paradójico es que la innovación propuesta, en apariencia, no podía ser más clásica. «Este *Diario* no con-

tiene nada más que la relación verdadera y simple de los hechos reales y vividos.» Gaziél, cuyo proyecto de vida hasta ese momento podría considerarse equiparable al de un Ortega pero en el campo del catalanismo, aparecía, de pronto, como periodista por accidente, pero se presentaba, al mismo tiempo, como un periodista puro.

Probablemente este Gaziél periodista, hoy, no sea el más reconocido. Desde la recopilación que Xavier Pericay hizo de sus artículos en *Cuatro historias de la República*, su principal prestigio le viene por la potencia de sus textos de análisis político. Una consideración que ha confirmado otro rescate reciente, *Tot s'ha perdut*. Porque si algo acabaría por singularizar al gran periodista fue la adopción de una voz senatorial que iría conquistando a fuerza de lucidez desde poco antes del pronunciamiento que llevaría al autoritario general Primo de Rivera al poder. A lo largo del período republicano sería ya un *opinion maker* de referencia. Gaziél observaba, meditaba y opinaba para influir. Y lo hacía como un auténtico intelectual, es decir, como una conciencia crítica de la actuación de las fuerzas políticas burguesas y liberales. El origen de aquel punto de vista, tan singular respecto a sus coetáneos y tantas veces premonitoriamente trágico, estaba en la honda experiencia vital y periodística que había adquirido Gaziél como cronista de la primera guerra mundial. Él mismo lo argumentaría en el artículo en el que hizo balance de sus primeros veinte años de profesión (y cuando ignoraba que le quedaban menos de dos como periodista en ejercicio). La cita es larga pero creo que vale la pena:

Nací al gran periodismo, precisamente en un instante extraordinario para sacar partido de la espantosa confusión de los tiempos, como tantísimos pescadores de río revuelto. Era al estallar la guerra mundial, cuando ser francófilo o germanófilo constituía una verdadera, una copiosa, una saneada profesión. Con la sangre y las lágrimas de tantos millones de seres humanos, se realizaba un inaudito comercio. Se hicieron inmensas, regulares y pequeñas fortunas, comprando y vendiendo armas y mercancías, noticias y opiniones, comentarios y sentimientos. En torno mío, rozándome continuamente, había un mercado inundo, con apariencias deslumbradoras, idealistas y humanitarias. Yo lo atravesé ingenuamente: estuve cuatro años entre miserias, aguanté personalmente una buena parte de ellas, dije lo que eran, no oculté mis simpatías, y —sobre todo, ante todo, por encima de todo— procuré exteriorizar la infinita piedad, la vergüenza profunda y el inolvidable dolor que me causaba la locura fratricida entre los más grandes y nobles pueblos de Europa. Y esto fue todo: terminada la guerra, volví a mi patria cargado de tristes experiencias, pero con las manos vacías.

Fue esta actitud, este punto de vista propio, lo que convirtió a Gaziél en un escritor leído masivamente. El éxito de aquellas primeras colaboraciones en prensa fue impresionante. Oliver, su valedor, lo certificaba en el artículo en el que anunció la recopilación en volumen de la serie. «Cuando el verano pasado salieron en estas columnas los primeros artículos del *Diario de un estudiante*, no se oía hablar de otra cosa.» Cuarenta años después, Josep Pla, que se confesó en público discípulo suyo, recordaba esa misma efervescencia en la sentida necrológica que le dedicó: «La publicación en el diario del señor Godó del *Diario de un estudiante en París*

proporcionó a Calvet (y a su periódico) un éxito amplio y fulminante, un éxito tan aparatoso, que a lo largo de la vida de su autor ya no pudo superarlo. Este hecho fue muy importante en la vida de Calvet. Lo transportó a la consideración más popular.» Que las crónicas se publicasen tan pronto en libro no resultó algo excepcional. Otros escritores españoles que también fueron corresponsales pronto vieron recopilados sus artículos en volumen (Azorín, Gómez Carrillo, Ramón Pérez de Ayala, Sofía Casanova). Pero sospecho que los libros de Gaziél son los que mejor han resistido el paso del tiempo. A falta de datos que permitan cuantificar aquel éxito, la explicación del fenómeno pasa por intentar descifrar qué contenían los artículos.

Dels Sants Oliver, en el artículo citado (que luego serviría de prólogo a la primera de las seis recopilaciones), formuló una serie de reflexiones sobre Gaziél que se inscriben en la evolución de los géneros periodísticos. La clave, según él, era que con la primera guerra mundial se había experimentado con una nueva manera de contar la guerra. «El clásico corresponsal de guerra, incorporado de una manera fija en el Cuartel General, siguiendo en el Estado Mayor de los ejércitos, abarcando el conjunto de las batallas, ha pasado a la historia.» La nueva mirada era la del cronista. «Ha surgido un nuevo tipo de cronista, el cronista espiritual de la guerra, que no actúa tanto sobre sus episodios concretos, sobre la descripción minuciosa de los combates, como sobre la repercusión social del estupendo conflicto, es decir, sobre el fondo humano en que se desenvuelve.» No eran notas de agencia ni un copiar y pegar de la prensa del país en cuestión. Lo que Gaziél logró era que el lector

creyese que estaba contemplando lo que la crónica contaba.

Si Gaziel consiguió dotar de autenticidad aquellos artículos fue gracias a la acertada forma con la que los construyó. Una forma retórica ensamblada a una forma moral. Por una parte, el gusto para la descripción del detalle significativo (el diario no reproducía fotografías en los artículos), el ritmo sincopado de la prosa, la acumulación de adjetivos o la artificiosa disposición de la acción narrada. Por otra parte, un talante humanístico para contemplar la realidad de una manera sentida, dejando en segundo término la toma de partido ideológica, porque quien mira está, sobre todo, desbordado por el *crescendo* del drama humano que ve desplegarse a su alrededor. La escena de Ericka en la pensión es un buen ejemplo. Y el nexo de unión entre una y otra forma, aquello que las hizo inextricables, fue la astuta (y en apariencia naturalísima) elección del punto de vista enunciador: la primera persona que es inherente a la escritura diarística y que lleva casi siempre implícita la noción de sinceridad. Esa fue, diría, la fórmula del éxito de Gaziel.

El verano de 1914, sin pretenderlo, el aprendiz de filósofo se metamorfoseó en reportero. El domingo 22 de noviembre apareció en *La Vanguardia* la última entrada de su famoso *Diario*. Al cabo de tan solo tres semanas reaparecía su autor en el que sería ya para siempre su periódico (para bien y para mal), pero caracterizado ahora ya no como un periodista accidental sino como un consolidado cronista.

Parece como si, desde un primer momento, Gaziel hubiese concebido su colaboración en prensa pensando

más en su ulterior recopilación en volumen que en el artículo de cada día. El artículo era la antesala del libro. Estructuró su corresponsalía en series que debían leerse como reportajes cuya factura tenía un aire inequívocamente novelesco. Los lectores, más que información sobre el conflicto bélico, leían una narración por entregas basada en hechos reales. Ese es otro rasgo que singulariza y explica su éxito: la elaboración narrativa, y por tanto artificiosa, de su articulismo. ¿Hasta qué punto había un trabajo de reelaboración entre lo anotado en el cuaderno y lo publicado? La mayoría de las veces, entre la fecha que constaba en el encabezamiento del artículo y su publicación, había transcurrido un mes o más, tiempo suficiente como para haber sometido lo que apenas debían ser notas en bruto a un trabajo literario profundo.

El viernes 8 de octubre de 1915 *La Vanguardia* publicó la primera entrega de «El otoño en París», serie que se alargaría hasta el domingo día 17 del mismo octubre. El tema de la serie era el espíritu ciudadano que se respiraba en París como consecuencia de una nueva ofensiva del ejército francés. En aquellos meses se atravesaba un período de cierto estancamiento en el frente, que no se despejaría hasta mediados de 1916 con la brutal hecatombe que fue la batalla de Verdún: un auténtico agujero negro de muerte en la historia de la Europa contemporánea. Fue en medio de ese *impasse* cuando parte de la atención sobre el desarrollo de la guerra se desplazó al frente balcánico, cuyo epicentro conflictivo había sido la invasión de Serbia por parte del Imperio Austrohúngaro. Este episodio constituye el centro de reflexión del último artículo de la serie «El otoño

en París». Gaziel, crítico, explica que la diplomacia aliada había dado por supuesto que Rumanía combatiría en su favor, que Grecia era cómplice suya y que Bulgaria sería neutral. Una sucesión de previsiones equivocadas. Porque el 6 de septiembre Bulgaria, para empezar, había firmado una alianza con las potencias centrales.

La miopía aliada en relación con los posicionamientos de los países balcánicos era la tesis de un artículo construido a partir de la reproducción de las impresiones de «un hombre muy inteligente, profesor en la Sorbona». A principios de noviembre, el ejército serbio, atacado por varios flancos y varios ejércitos (alemán, austro-húngaro y búlgaro), había empezado una retirada que adquirió tintes apocalípticos. Fue entonces cuando el alto mando aliado decidió auxiliar a Serbia, organizando una expedición militar considerable que desembarcó y se estableció en el puerto griego de Salónica. Pero esa operación, que venía a impugnar la teórica neutralidad helénica, tensaría la convivencia en la propia Grecia, ya que mientras el rey Constantino I era partidario de los imperios centrales el primer ministro Elefterios Venizelos lo era de los aliados. Ante esta disyuntiva, tras el desembarco francés y británico en Salónica, el rey, por segunda vez durante la guerra, forzó la dimisión de Venizelos.

No es extraño, perdidos en el laberinto del conflicto, que el amigo y profesor de la Sorbona recomendase a Gaziel el viaje a los Balcanes. El interés informativo era evidente y no podía descartarse que la guerra se resolviese en una zona que era un inquietante polvorín. El 24 de noviembre se publicó en *La Vanguardia* el artículo «Camino de Oriente. A través de Italia», el primero de

una serie que no se cerraría hasta el día 19 de marzo de 1916.* Leída en su integridad, la serie constituye, a mi modo de ver, una de las pocas obras maestras de toda la historia del periodismo español. El libro que la recopila se tituló *De París a Monastir* y se publicó por primera y única vez en 1917, con un prólogo en el que Gaziél valoraba los modelos de civilización que estaban enfrentándose en suelo europeo. Más que ofrecer una crónica de guerra o el relato de la cotidianidad durante el conflicto, a lo largo de este gran reportaje Gaziél daría cuenta del viaje que hizo durante un mes (entre el 22 de octubre y el 19 de noviembre de 1915, en una datación aproximada) por la zona sur del continente que, en mayor o menor grado, estaba padeciendo la tragedia: el recorrido le llevó de Italia a Serbia.

Y es que, pese a lo que el título del libro y del primer capítulo parecen sugerir, el viaje, en realidad, no empezó en París sino a bordo de un vapor que, partiendo de Barcelona, tenía Génova como destino. «¿Qué riesgos me esperan? ¿Qué peligros me acechan?», se pregunta el periodista solo en la cubierta del barco, «el mundo está en guerra, y yo salgo a recorrer nuevos campos de batalla con una sencillez que me asombra a mí mismo.» Escenas parecidas (en barco, pero también en

* El 25 de noviembre, un día después de la publicación del primer artículo, en la sección que *La Vanguardia* dedicaba diariamente a la guerra, los lectores del periódico pudieron leer la crónica sin firmar «La agonía de Serbia». Aunque se explicita que el artículo procedía de la prensa extranjera, es evidente que, tanto por el estilo como por la datación del texto, lo escribió Gaziél. Es una pequeña obra maestra que luego no se recopiló en el libro.

tren o en coche) se repetirían en varios capítulos: la descripción de la experiencia de viajar en tiempos de guerra fue una de las estrategias que Gaziél empleó para mostrar con imágenes cómo el conflicto estrangulaba la vida de hombres y mujeres (controles de pasaportes, trenes estropeados o retrasos insufribles).

Las primeras páginas del libro narran, con agradable aire costumbrista, la estancia del periodista en diversas ciudades italianas (Génova, Milán, Nápoles), etapa previa a lo que en teoría debía constituir el principal núcleo informativo del viaje: la convulsa situación política de Grecia y la descripción de la ciudad portuaria de Salónica convertida en una de las capitales del conflicto. Pero la política, que en los capítulos griegos está muy presente (incluyen, por ejemplo, una magnífica entrevista a Venizelos, el hombre de gobierno más destacado de la Grecia moderna), acostumbra a ser una línea argumental secundaria, porque lo que domina a lo largo del relato es la experiencia del viaje (Patras, Atenas, Salónica) fundida con el aprendizaje de la historia moderna del país (gracias, sobre todo, al discurso de un monje ortodoxo en un monasterio recóndito que constituye uno de los capítulos más sorprendentes del libro). Su experiencia esencial de Grecia fue el descubrimiento de un país pobre, caótico, que nada tenía que ver con el mundo antiguo que Gaziél consideraba la cuna de su forma de entender la civilización. Las páginas sobre Atenas son, en este sentido, iluminadoras, un triste contraste entre lo idealizado y la realidad.

Tras Grecia, Serbia. El punto de llegada del viaje de Gaziél sería Monastir, la actual Bitola que pertenece a la República de Macedonia. Solo dos años antes del inicio

de la primera guerra mundial, la región de Macedonia, que aún pertenecía al Imperio otomano, había sido dividida en tres partes —griega, búlgara, serbia— como consecuencia de la primera guerra balcánica. Aunque en virtud de lo acordado entonces Monastir debería haberse convertido en ciudad búlgara, el ejército serbio lo impidió. Al iniciarse la Gran Guerra, Monastir era, pues, territorio serbio, pero, en el momento del viaje de Gaziél, la ciudad vivía horas dramáticas por la ocupación que ya sufría Serbia. La población de aquella zona pobre y rural se veía forzada a huir en masa hacia las montañas, temiendo la invasión búlgara y asumiendo que el éxodo podía encaminarlos a la muerte, ya fuese por el frío o por el ataque de los lobos. Ante tanta desolación, su única esperanza era la liberación del país por las tropas aliadas.

Fue en aquellas circunstancias, y procedente de Salónica, cuando Gaziél inició un viaje dantesco que tendría su insoportable clímax moral cuando el coche en el que viajaba sufrió un reventón en plena noche. Estaba en medio de la nada de una montaña macedonia nevada con su compañero de viaje —un arqueólogo danés— y el conductor. Y fue al relatar esas horas, fruto de un *crescendo* argumental que tiene su correlato en la progresiva radicalización del paisaje a lo largo del libro, que, de repente, el espíritu del *Quijote* —uno de los libros que más quiso y releyó Gaziél— irrumpe en la acción. El espíritu de la piedad, del humanismo encarnado en comprensión del otro. En la cima de una montaña poblada por lobos, en plena nevada, Gaziél, como si fuera el viejo hidalgo, llega a una venta. La sombra de Maritornes pasa por la imaginación del joven perio-

disto. Llama a la puerta. Abren. Y sus sentidos y su conciencia son golpeados, de manera implacable, por una situación infernal. Su mirada, aquella mirada que descubría el desconcierto un día de verano en París de hacía ya muchos meses, queda devorada por la contemplación de la tragedia de los refugiados.

Son centenares de serbios paupérrimos, moribundos, muertos de hambre, que huyen temerosos del enemigo búlgaro, y que sobreviven con la única esperanza de que los aliados de su país los ayudarán a volver a casa. Parias de la tierra, hombres como Gaziel, como tú y como yo, pero a los que la tragedia les está succionando sin piedad su humanidad y que en aquel refugio improvisado sabrán, por boca de Gaziel y su compañero de viaje, que la alianza franco-británica los olvida. Que no hay esperanza. Que para la gran política no son nada. «Los hombres lloraban como niños, y las mujeres desgredadas se mordían las manos y se arañaban el rostro, con una furia salvaje, inaudita, para desfogar sus almas palpitantes y echar afuera el torrente de sollozos y convulsiones que las oprimía.» La política los ha condenado. Son polvo ignorado. Nada más.

Y es así como el libro se transforma definitivamente. La mirada moral trasciende la crónica informativa y convierte el artículo de periódico, el reportaje narrativo, en altísima literatura. Gaziel usa la página para, describiendo lo que ve, pronunciar un alegato ético inolvidable que se solidariza, con piedad que solo sé describir como cervantina, con los derrotados. Derrotados que contempla con indignación un hombre que siempre se quiso ahijado a la tradición ilustrada y que veía con sus propios ojos cómo el daño y la muerte se habían insta-

lado en el corazón de Europa. ¡Europa, Europa! El desbordamiento de la razón ante la barbarie deviene, al fin, el motor espiritual del libro. Esa es la lección que ofrece *De París a Monastir*: la desolación de un pacifista que mira al hombre concreto y que no soporta pensar que las luchas patrióticas lo condenen a una existencia indigna. Lo había sentido días antes, frente al golfo de Mesina, donde tantos siglos atrás había brillado la luz de la civilización.

El mundo está en guerra, y estos parajes tan luminosos se encuentran sometidos a una tutela absurda. No puede darse un paso por tierras de Europa, sin penetrar en el torbellino de violencia que asola los pueblos. Todo es rigor, odio, desconfianza, coacción, rudeza. Y ¿qué va a ganar con tamaña catástrofe el alma, de suyo negra y enfermiza, del hombre?

A mediados de noviembre de 1915, perdido en tierras lejanas, es probable que Agustí Calvet, frente a la tragedia, redescubriese lo más hondo de la humanidad a través de la lección de piedad que siempre será la peripecia desvariada de Alonso Quijano. Cervantes periodista.

JORDI AMAT